

## LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.



**D**URANTE muchos siglos sólo se ha concedido á la mujer una mezcla de amor y de indiferencia, de homenaje y de desdén. Al verla en su hermosa edad convertida en objeto de adoración, ¿no sorprende el poco interés que inspira en los primeros años de su vida?

La educación que se da á las niñas desde hace muchos siglos, hará creer que hasta ahora la infancia y la ancianidad no suponen nada en la vida de la bella mitad del género humano. Sin duda alguna en los primitivos tiempos de la sociedad, y aun en la Edad Media, cuando el primer mérito del hombre era la fuerza y el valor, era natural que el papel de la mujer se redujera á agradar y á dar al mundo, si su dicha lo quería, hijos tan fuertes y valerosos como sus padres; pero cuando los progresos de la civilización conquistaron á la inteligencia su justa superioridad sobre las cualidades físicas, no se comprende la obstinación de privar á la mujer de una educación que le proporciona los medios de desempeñar la misión que le impone la naturaleza.

La niña se hace mujer, y casada se convierte en madre. ¿No está llamada á gobernar una casa, á crear una familia, y, sobre todo, á grabar en el corazón de sus hijos esas primeras ideas, esas primeras nociones que no se destruyen jamás y que son la base de la sociedad humana? Para ilustrar se necesita luz, para enseñar es preciso saber; y ¿qué sabían las mujeres en la época de que hablamos? Las más hábiles cosían con perfección, bailaban y sabían algo de música.

Fenelon fué el primero cuya alma tierna se interesó útilmente en favor del desgraciado bello sexo. Con su dulce carácter, inició ideas favorables á la educación de las mujeres. «No explicaré, decía, todo lo que las mujeres deberían saber para poder educar á sus hijos, porque este tratado les hará conocer la extensión de los conocimientos que deberían tener.» Por consiguiente, quería que todas las mujeres aprendieran á leer y escribir correctamente su idioma, que supieran aritmética, nociones de geografía y las principales reglas de jurisprudencia, por ejemplo, la diferencia que hay entre un testamento y una donación, lo que es un contrato, un reparto entre los coherederos, etc., etc. Sin embargo, cualesquiera que fueran los encantos y la persuasión de los escritos del autor del *Telémaco*, mucho tiempo después de él varias duquesas escribían sin estilo ni ortografía, y pocas eran las mujeres que sabían leer. Pueden citarse, sí, una docena de mujeres que en el gran siglo de Luis XIV se distinguieron por el encanto de su conversación y por su talento epistolar. Ayudadas por las circunstancias, Mmes. de Sevigné, de Lafayette, de Maintenon y algunas otras, se educaron en aquella corte, en aquel mundo tan lleno de hombres de talento superior.

Los progresos de los tiempos exigen para la mujer otra educación de la que recibe en la actualidad. Dios la ha creado para compañera del hombre y para educar á sus hijos. Para corresponder dignamente á estos deberes, debe necesariamente ensancharse el círculo de sus conocimientos. ¿Cómo puede cautivar la atención del esposo la mujer que, aunque esté dotada de belleza y bondad, no puede conversar y comprender á su marido? ¿Cómo educará á sus hijos, si ella no está educada? Y si por azares de la fortuna queda viuda y pobre, ¿cómo procurará su subsistencia y la de sus hijos?

Podríamos citar ejemplos de muchísimas mujeres que, de algunos años á esta parte, han sabido sacar provecho honroso de su pincel ó de su pluma, y cuya educación, sin haberlo nunca sospechado, puede servirles y les sirve ahora para atender hasta á la subsistencia de sus ancianos padres, á la de su imposibilitado esposo, y á la vida y educación de sus hijos.

Harto conocida es la influencia de la mujer en la sociedad, pues de ello nos han dado muestra todos los países y todos los tiempos; y por eso es necesario inclinar el ánimo de la mujer á lo beneficioso. Las mujeres desempeñan muy importante papel en la historia y en la literatura, y representando también necesariamente en la agricultura, industria y comercio. La esposa no sólo debe ayudar á su marido en la educación de sus hijos, sino que además ha de ser su compañera, su confidente, y aun á veces su consejera. Decía Sully: «Cuanto valga el hombre valdrá la tierra:» y nosotros, parodiando al eminente conde de Gasparin, nos atrevemos á afirmar: «Valdrá tanto la granja cuanto valga la mujer campesina del agricultor.» Ella puede ayudarle material y moralmente, ilustrarle con sus observaciones, estimularle con su espíritu de orden y econo-

mía, animarle con la parte activa que toma en sus trabajos, y en una palabra, formar el atractivo y el lazo de unión de la familia.

Desgraciadamente vemos hoy que, á causa de la viciosa educación que recibieron algunas mujeres de la clase media ó artesana, apenas saben guisar, escribir, ni coser; pero que bailan á la perfección, que hablan de tonterías y llenan los cafés, y los salones y teatros, gastando en ellos parte del sueldo de su esposo; y esta frivolidad nace siempre de su género de educación insustancial y vanidosa. Unas toman el ejemplo de otras, y el número de mujeres frívolas llega á ser incalculable.

Ordinariamente se encuentran dos clases completamente diferentes de mujeres, sin distinción de categorías: la mujer de su casa y la mujer aficionada á divertirse; la primera, con condiciones las más de las veces para ser muy útil, se resiente casi siempre de la falta de recursos y de solidez de su educación, y sirve y ayuda menos al hombre porque no sabe ni puede salir del cuidado mecánico de su casa y de su ropa; la otra, la que sólo encuentra gusto en las diversiones, es quizá menos culpable de lo que parece á primera vista, pues la ignorancia es muchas veces la causa de su frivolidad.

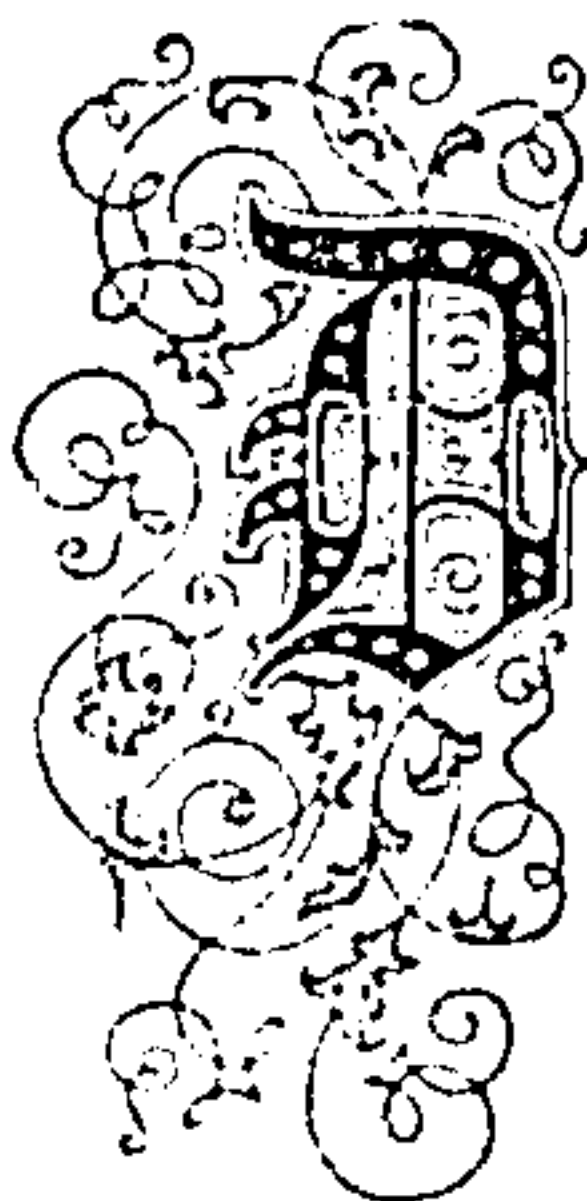
Unas y otras están poco instruidas; unas y otras carecen de recursos para encantar á su hogar; unas y otras adolecen de falta de instrucción. No todas las mujeres tienen una imaginación capaz de contentarse con la materialidad de sus ocupaciones, y la falta de ejercitarla y la libertad en que dejan al pensamiento suelen serles altamente perjudiciales; y no es que la mujer no tenga dentro de su casa campos vastísimos donde ejercitar su laboriosidad y su talento: es que no los conoce, porque no hay quien se los haga conocer.

La educación de la mujer, provista por la Naturaleza de suficientes medios para conocer y llenar las condiciones de su existencia, no debe diferenciarse esencialmente de la del hombre, al menos en cuanto á los principios. En su calidad de ser dotado de razón, de ser moral y libre, porque es razonable, su educación, siendo ella inteligente, debe conformarse á su naturaleza, asegurando su moralidad por el imperio de la razón sobre la libertad.

MANUEL ESCUDÉ BARTOLI.

## MEDITACIÓN.

A LA DISTINGUIDA ESCRITORA SRA. D<sup>a</sup> CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.



**D**IERON las doce de la noche; cerré el libro que entretenía mi velada y me dispuse á olvidar, durmiendo, las impresiones que me produjo la lectura de «El Macbeth» de Shakespeare, cuando un vago y confuso rumor llegó á mis oídos, recordándome que estábamos en la solemne noche de Navidad, y precisamente á la hora en que la sagrada tradición nos dice que nació el Salvador del mundo.

¿Qué momento para meditar!

¿Qué solemnidad tan augusta la de la noche, para que el pensamiento se remonte á las regiones de lo misterioso, y busque en ellas lo que el mundo material no puede darle!

¡Estoy solo! solo, delante de mí mismo y ante la grandeza de Dios, cuya presencia me revela mi propio ser en primer lugar, y después todas las maravillas que están en estos momentos recreando mis sentidos.

La melancólica diosa de la noche, en medio de un inmenso cortejo de astros, brilla en mitad del azulado y trasparente cielo como un faro divino colocado allí para mostrarnos la dirección de nuestra futura patria.

Ni el más pequeño celaje se distingue en toda la inmensidad, que sirve de dosel á la poética reina del misterio, y sólo se ven como vaporosas gasas las tenues proyecciones de la luz, flotando y extendiéndose á grandes distancias, como girones desprendidos de un velo impalpable.

Las montañas que rodean el Valle de México, y entre las cuales descuellan el Popocatepetl y el Ixtaccihuatl con su eterna corona de nieve, se dibujan perfectamente, limitando el horizonte en caprichosas ondulaciones. Las umbrías arboledas parecen ceñir la ciudad con una faja oscura adornada de plata, y las cúpulas y torres de los templos, que distingo desde las ventanas de mi alcoba, se destacan del fondo azulado del firmamento como enormes siluetas de altivos gigantes, que envueltos en la sombra, contemplan inmóviles y mudos las baca-